

Tengo nueve años. Salí rápido de la escuela porque el padre

Daniel nos había dicho que esta semana repartirán los castigos y yo acumulé exactamente tres horas y media en el armario del diablo. Huí de la escuela porque pensaba aplazar mi castigo; me encaminé por el andador; subí corriendo; el sol germinaba ampollas en mi cara y mis pies ardían: fuego y furia. Mediodía. Cada día subo el mismo camino, sólo que más tranquila. Hoy no. Hoy es nunca.

El armario del diablo es oscuridad. Tengo miedo.

Cuando entré al parque del Llano me caí de bruces porque la mochila pesaba y tuve ganas de llorar pero me levanté, me acomodé la falda y sentí un charco de sangre aguada en las rodillas; olía a sal de mar. Hubiera querido llegar a casa y que mamá me mimara, que me preguntara qué había pasado y me diera avena, pero estaba enojada haciendo de comer y, al verme, me regañó por llevar el uniforme sucio. Fui a mi cuarto a cambiarme, lavé mis rodillas y fuimos a comprar pan. Mamá estuvo enojada toda la tarde. No platicamos mucho.

Vivimos en Oaxaca. No tengo hermanos aunque siempre quise tener una hermanita. Mis abuelos viven en Tehuantepec y viajamos allá los veranos. En Oaxaca, papá renta una casa linda en la que hay unos perros negros en el patio. Papá los trajo para que nos cuidaran porque sale mucho a carretera a comprar los productos que venden en la farmacia. Mamá me lleva a la escuela y pasa un rato en la farmacia. Aunque una muchacha la ayuda a atender, suele sentirse cansada y se retira a casa, por la tarde, a poner sus pies en alto; muchas veces le duele la cabeza.

Nadie desea circunscribirse al desafortunado cliché de la imposibilidad de escribir. ¿Escribir qué? ¿Para qué? Escribo que no puedo escribir. Nunca he deseado ser escritora. Tengo que escribir una tesis de posgrado sobre la fotografía como testimonio, una pieza de verdad. Durante meses sólo he podido escribir estos párrafos, material disperso, abrojos. Mi cerebro permanece atrofiado por las ruinas. Recordar es pensar escombros, ¿cómo se relaciona el cuerpo con lo real? ¿Cuáles son los hilos que unen al lenguaje con la verdad? Los recuerdos son fotografías de infinitas vidas paralelas; la lectura de la vida propia concatena los instantes aparentemente inmóviles de tiempo, imágenes de segundos eternos que permiten entrever el pasado.

Leo los apuntes de un fotógrafo, son el reflejo fallido de mi propia imagen. ¿Qué es la fotografía? ¿Un espejo, una sombra, el minotauro?

«Todos los objetos del mundo reflejan luz. La fotografía puede asirlos gracias al fenómeno de la cámara oscura.

Lo único necesario para reproducir una imagen con la luz reflejada es un cuerpo oscuro con una estructura semejante a un prisma o a un cubo. Si hay una abertura de luz en una de sus caras, se reflejará una imagen invertida del mundo en la pared interna contraria. Puede ser que esa abertura sea un pequeño agujero conocido como estenopo. Puede ser que haya un lente de por medio en el que un diafragma defina el grosor de la apertura. Un haz de fotones atraviesa, ya sea el estenopo o

el diafragma y recorre el cuerpo del cubo hasta proyectarse en la pared opuesta a la entrada. La base de ese cono es el círculo de la imagen.» (Notas del fotógrafo)

No puedo escribir mi tesis. Estoy tullida. Mi cuerpo permanece inactivo y, aunque camina y respiro, no puedo concretar una actividad o concluir un proceso. ¿Por qué tenemos que saldar deudas emocionales con respecto a las actividades que emprendemos? ¿Por qué no consideramos sano dejar algo a medias? ¿Vivir es experimentar procesos y no llegar a conclusiones, metas, fines?

¿Qué es la verdad? Es una construcción histórica, el paradójico engranaje del tiempo vertido en el lenguaje. La verdad no es una tesis, ni siquiera lo que se escribe con sinceridad en un diario o en unas memorias. El acontecimiento se desvanece en el polvo del transcurrir. ¿A qué núcleo nos acercamos cuando preguntamos por la verdad? ¿Acaso la historia mexicana no se encuentra lacerada por una certeza que no puede expresarse? La historia es una reconstrucción, quien la realiza elabora una verdad; la verdad en sí, es imposible.

«Los distintos tipos de cámaras nos engañan con sus visores: los tres espejos de las cámaras réflex nos hacen ver la imagen en su posición adecuada. Esto también sucede en la fotografía digital pero de una forma computada. En la fotografía analógica se refleja una impresión de realidad hasta que un negativo se voltea y después se imprime el positivo. En la fotografía digital este proceso se vuelve casi imperceptible pero no desaparece. Los sensores de las cámaras perciben esa imagen alterada de la realidad; sin embargo, los algoritmos de sus computadoras procesan la información lumínica con tal velocidad que en un instante crean archivos que proyectan una imagen semejante a la realidad que no está ni volteada ni invertida.» (Notas del fotógrafo)

La verdad es imposible. De ahí que la exactitud en el lenguaje sea paradójica; el lenguaje nos aleja de los objetos, la escritura provoca distancias. ¿Y la fotografía? ¿Nos acerca a los objetos y nos permite contemplar desplazamientos, ángulos utópicos?

Si escribimos para nosotros mismos, ¿la escritura existe?, ¿somos lectores privilegiados de nuestra propia obra? Si los signos no pueden pronunciar la verdad es porque poseen un origen secreto y el origen se resiste a ser pronunciado. ¿Qué es lo escrito si nadie lo lee? Continúo escribiendo pese a mi entorno, entre los ruidos de las cocinas y las voces de los vecinos. Los acontecimientos se mezclan en el tiempo de la escritura como si múltiples escenas se desarrollaran en el instante en el que, pesadamente, mi bolígrafo horada el papel. ¿Tengo algo que decir? ¿Tengo tiempo? Soy el tiempo. Huesos de vidas pasadas, el aire del futuro. Entre mis dedos habitan voces pero no las reconozco; me demoro en comprender el significado pretérito de mi vida en el marco general de sucesos sin aparente sentido que es la Historia, ¿cómo se vincula mi historia a ella? La Historia con mayúscula —la oficial, la de los

libros de texto, la de los manuales y el archivo— es marcial mientras que la historia minúscula es el tejido de la vida cotidiana sumergida en el silencio. Nadie la narrará.

«No se proyecta la realidad tal cual es en el círculo de la imagen. En realidad, está invertida a los lados como puesta de cabeza.» (Notas del fotógrafo)

Trabajo en una tesis sobre la fotografía que suele funcionar como testigo. Puedo analizar el asunto dentro del espacio de la Historia, porque la Historia —oficial y universalista— generalmente confía en las representaciones para justificar y explicar los hechos. La Historia es también el espacio del deber, el ámbito de los héroes, de las grandezas, de los acontecimientos supuestamente significativos de los pueblos, de sus colonizaciones y triunfos. Las historias insignificantes desaparecen, son fantasmas de tiempo. Pocos relatan las historias de los vencidos, son historias minúsculas, ¿representan la laboriosa telaraña de la literatura, de la oralidad? ¿Cuándo y cómo habitaré con las palabras mi propia historia? ¿Cuáles son las fotografías de mi pasado, sus referentes, el tiempo vivo que habita mi propia muerte?

Soy una memoria tullida, paralítica, obesa, inamovible, inconstante. ¿Cómo leer nuestras memorias? Para poder escribir es fundamental regresar al pasado. Pensar en él una y otra vez y tomar posición en torno a los acontecimientos que caracterizaron nuestra vida personal porque ellos explican la Historia. Parias, vagabundos, incompetentes; leer es habitar el afuera. Es decir, marginarse del tiempo significativo, del archivo oficial y descubrir, en lo mínimo, una explicación del orden social “verdadero”.

Así como leer nos convierte en otro, la propia escritura se resiste a actuar como totalidad; es tajo, triza, lentitud instantánea. Este texto no pertenece al tiempo, está fuera del tiempo en su atmósfera inconstante. Su afuera es un salto de tiempo. Estar afuera para poder escribir; es simple y radical, pero no es fácil. ¿Qué es el afuera? ¿Habría que escribir sin objetivo, sin orden, corregir hasta extenuarse, esperar la comunicación, la no comunicación, o sólo expresar vacío?

El pasado es una pesadilla y el futuro es aterrador con su hoz, con su luz, con su parca.

No puedo escribir mi tesis, sólo estos pedazos de texto. Son trozos inútiles, pero tal vez, como cualquiera al escribir, me gustaría ser leída y que la soberbia ante la atención de otro encienda el fuego de mi existencia: tan insignificante me percibo. ¿Quién escapa de las pretensiones? Tenemos el espíritu atosigado, rebosado de inconformidad, no apetecemos vivir nuestro presente, el futuro nos caza y, entrampados, pretendemos vivir una vida que no es nuestra. No puedo escribir la tesis pero, ¿acaso albergo la sórdida fantasía de ser descubierta como una novel y talentosa escritora? Mi mediocridad no tiene límites; estancada en mis obligaciones elucubro una fantasía que únicamente me orilla a perder el tiempo. Los días transcurren y yo escribo este texto insustancial. Me esmero, escojo frases, leo novelas, leo las notas de un fotógrafo, las descripciones parcas del acto de fotografiar, ¿qué secreto se esconde allí? Fui a la librería y compré el libro de mi compañera Coral, una de las muchachas de la preparatoria; desde aquella época ella quería ser escritora —no escribir, sino ser escritora. Para mí aquel mundo era un espacio vedado, leía poco, mi pasión

era jugar basquetbol. Cuando decidí destinarme al camino de la historia, el mundo de los libros me pareció un laboratorio prohibido, con sus magias secretas y sus libros de alquimia —los procedimientos de los libros consisten en descomposiciones, modificaciones, separaciones y uniones—, al cual tenía que consagrarme, permitiendo que la transformación me absorbiera hasta desaparecer.

Leer es transformarse: la evanescencia, una migración Ser sombra. Yo dejaba de ser yo. El que piensa en la historia abandona su identidad. Pareciera que el yo no forma parte del conjunto de hechos generales que describen una época; a partir del siglo XVIII la individualidad es sumamente relevante; de ahí la proliferación de memorias, cartas, o escrituras del yo. De esa época proviene el interés de los lectores por las biografías que, de una forma u otra, abonan a la construcción de la Historia. Escribir desde ese lugar —desde el culto a lo propio y con la pretensión de ser reconocidos por ello— es un acto narcisista y falaz; en cambio, tratar de comprender la historia, ese espacio en el que estamos retratados de formas inusitadas, no como individuos sino como consciencias comunitarias, es una forma de entender el ser desde otro lugar.